

# PRESENTACIÓN DE GOLIARDOS, N° XII

Mauricio Archila Neira  
Profesor Titular,  
Departamento de Historia  
Universidad Nacional de Colombia, Sede  
Bogotá

Agradezco a los editores de la Revista *Goliardos* por proponerme como presentador del N° 12, honor que me hacen; trataré de no defraudarlos. Con tal fin haré un breve recuento de la historia de la revista para luego abordar el actual número y extraer finalmente algunas líneas gruesas sobre su trayectoria y hacer sugerencias sobre su futuro.

Pues bien, la revista de “Estudiantes de Historia de la Universidad Nacional” arrancó en diciembre de 1993, un año y medio después de reiniciada la carrera —tema cuyos ires y venires requeriría otra presentación—. Escogieron el nombre de *Goliardos* por las referencias que el profesor Abel López les hizo en la clase de Historia de la Edad Media sobre unos estudiantes (y clérigos) medievales rebeldes —anarquistas los designa anacrónicamente un medievalista— medio bohemios y, según algún diccionario, también poetas. No me voy a detener en los prejuicios medievales que identificaban la rebeldía con la vida disipada y ésta con la poesía, sino en la significación de la escogencia del nombre. Era clara la intención de retomar una “tradición rebelde” medieval, para identificarse en el presente como estudiantes de Clío. Claro que en las páginas editoriales del primer número se hace el esfuerzo de separarse de la connotación “anarquista” que podrían tener los Goliardos medievales. Después se supo que también así se designaron en los años 60 del siglo pasado las juventudes comunistas italianas (¡el partido de Antonio Gramsci!). De haber sabido eso en 1993 seguramente el mencionado editorial se hubiera gastado otro buen número de líneas para deslindarse de otros terrenos políticos. En fin, *Goliardos* arranca con la invención de una tradición rebelde estudiantil en la carrera de Historia y eso va a marcar su devenir.

En el año 1995 se sacan dos números y aparece la figura de comité editorial, colectivizando la responsabilidad editorial que recaía en Mario Barbosa (quien había estudiado periodismo antes de entrar a la carrera y era unos años mayor que el resto por lo que le decían el “abuelo”; no sobra recordar que fue nuestro primer graduado y hoy es profesor de planta de una de las sedes de la Universidad Metropolitana de la ciudad de México). En todo caso parecía que la revista se había semestralizado como se prometía en su convocatoria. Pero no fue así, los siguientes números (4 y 5) fueron anuales. Pero en todo caso la iniciativa estudiantil no había muerto como desafortunadamente ocurre con muchas revistas de este género. En términos de temas, también hubo una novedad en el número 4 (1996), pues se presentó un dossier sobre biografías, pero luego de esta experiencia (que fue muy bien recibida en el medio universitario) la revista volvió al tema libre que la caracterizaba, salvo un número posterior que veremos. Y en el número 5 (1997) hubo otra novedad, esta vez de tipo gráfico: la portada fue en colores y más bien psicodélica. Además ese fue el último número editado por nuestra primera generación de historiadores (de la segunda fase de la carrera, es bueno aclarar, porque realmente la primera generación se graduó en los años 60).

El cambio generacional sin duda afectó la periodicidad de la revista, por lo que tendremos que esperar tres años para el siguiente número (6, editado en 2000). En su editorial además de agradecerle el legado a la primera generación, se afirma que la tradición de ser una revista de estudiantes de historia se mantendrá pero se hace un llamado a la colaboración interdisciplinar de estudiantes de otras carreras sociales. En la bandera interna de la revista, sin embargo, se señala que es una revista “de un grupo de investigadores” de la Universidad Nacional. Es otro perfil. Sin embargo, se insiste en que “Goliardos es un espacio académico que está en permanente autocritica y reformulación, por ello no es un lugar acabado en el cual se puedan refugiar ortodoxias (e) ideologías...”. En fin, el espíritu rebelde seguía marcando la identidad de la revista, pero ya no era tan claro que fuera una revista de “estudiantes” de la carrera.

Del número 7 no puedo decir nada pues nunca lo recibí y curiosamente no encontré una copia en nuestro centro de documentación —¿fue virtual, o una edición fantasma?—. El número 8, publicado en 2001 (por las épocas del Primer Encuentro Estudiantil Latinoamericano en Villa de Leyva), tiene otro comité editorial y en la carátula se reclama revista “de Grupos de Trabajo” del Departamento de Historia, aunque en la bandera interna se vuelve a la fórmula de revista “de estudiantes de la carrera”. ¿Son problemas de identidad de la revista o simples argucias editoriales para ganar más espacio académico? No sé. En todo caso este número contó con contribuciones originales de Joseph Fontana, consolidando el salto “internacional” de los estudiantes de Historia (hasta ese momento había contribuciones de profesores, pero criollos).

El número 9 (editado el segundo semestre de 2002) continúa esa apertura internacional. En su editorial (hecho por un comité en el que cambian algunos nombres) reconoce el impacto global de los eventos de las torres gemelas de Nueva York en el año anterior y consecuentemente se incluye un par de traducciones del intelectual palestino Edward Said. El número 10, publicado en 2003 —es decir que parecía regularizarse anualmente— cambia de formato a uno más pequeño, tipo libro. Además de la forma, dos cosas llaman mi atención en este número: el que se regrese a un eje temático —aprendizaje y enseñanza de la historia— y que en la carátula se lance la consigna famosa de Walter Benjamin: «por una historia a contrapelo». Para ratificar esta propuesta se publican las Tesis sobre la Historia del pensador alemán como primer artículo. Y luego vienen abundantes artículos de profesores y estudiantes sobre el tema de dossier

La consigna «por una historia a contrapelo» no duró sino un número —lo cual no quiere decir que no se practique—. Así en el Nº 11 de 2006 —un nuevo salto de tres años— se vuelve a la fórmula simple de “Publicación de los Estudiantes de Historia”, aunque en la misma carátula —la más barroca de todas— se hace referencia a los fundadores de la nueva historia social Bloch y Febvre, mientras en los extremos hay rostros de Gramsci, Stalin y Trotsky. Juzguen ustedes el mensaje que se quería transmitir. También se retorna a la temática libre. La preocupación por el presente aflora de nuevo en el editorial, pero ahora en forma local, como crítica a la reforma que había emprendido Marco Palacios en su segunda rectoría. También se volvía sobre las líneas de investigación del Departamento y, como propuesta de largo aliento, se proponía que la revista publicara partes de tesis e investigaciones ligadas a dichas líneas.

Y, bueno, así llegamos al número que hoy lanzamos, cuatro años después del anterior. Antes de abordarlo brevemente, digamos algunas continuidades y cambios sufridos en casi 17 años de existencia. Lo primero es alabar que Goliardos haya sobrevivido, a pesar de los preocupantes saltos temporales. Pero que haya durado es una cosa no muy común en revistas estudiantiles, cuyos nombres son innumerables y mejor no evocarlos para no convocar fantasmas y no alargarnos hoy. Lo segundo es que, con algunos vaivenes, la revista ha reflejado los énfasis disciplinarios en nuestra carrera y Departamento, que no necesariamente corresponden a las “líneas de investigación”, desigualmente formalizadas. Así los ejes centrales de la revista han sido: la historia social (o tal vez socio-cultural), preocupación por el presente como clave de lectura

del pasado, iluminación del trabajo histórico por teorías críticas, entre otras. Y por último la gran continuidad de la revistas radica en el espíritu rebelde de los goliardos medievales que atraviesa todos los números.

En cuanto a los cambios no me voy a detener en los de forma, sino en algunos de fondo. El primero es la cambiante identidad de la revista. Si bien se mantiene la referencia a los estudiantes de la carrera, a veces se quiso invocar a otros de otras disciplinas, a los “investigadores” en sentido amplio (lo que incluía estudiantes de posgrado y profesores), a los grupos de trabajo o a las líneas de investigación del Departamento. El número que hoy presentamos tiene en la carátula un subtítulo llamativo: “Revista Estudiantil de Investigaciones Históricas”, claro que en la bandera interna se vuelve a la clásica forma de “Revista de Estudiantes de Historia”.

Lo curioso de este número 12 es que es el primero en el que solo escriben estudiantes de nuestra carrera (algunos ya egresados es cierto) y no hay colaboración de profesores ni de estudiantes de otras carreras de historia o de sociales, aunque también por primera vez aparece la figura de “profesor editor”. También por primera vez se publican en forma clara y extensa las normas para la presentación de artículos, se dan los créditos de las autoridades de la Universidad y de la Facultad, y aparece en la carátula el Número ISSN. Todo ello refleja un nuevo intento de formalización de la revista. Lo cual es loable, pero puede ofrecer problemas de identidad de la revista, que no son nuevos pero sobre los que quiero llamar la atención. Es asunto de los grupos que la editan tomar las decisiones, pero creo que se debe definir si es solo

de estudiantes de la carrera o si es una revista Estudiantil de Investigaciones Históricas. Ambas propuestas tienen sus pros y contras: la primera es más identitaria pero puede sugerir un cierto ensimismamiento —y la carátula con una foto del corredor del Departamento lo puede reafirmar—, mientras la segunda es más universal pero puede diluir la identidad básica y hacer de la revista algo indefinido, algo así como un *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* en chiquito.

Y la verdad esta última fue la impresión que me causaron los cuatro artículos que este número incluye. Son ensayos más extensos de los que se solían publicar, que reflejan temáticas que se trabajan en el Departamento. Hago un breve recuento de su contenido: en primera instancia Robinson López hace una lectura de las ideas de Gaitán sobre salud e higiene —es decir, su propuesta biopolítica—, lectura inspirada en Foucault y Sandra Pedraza. Luego viene una audaz y discutible comparación realizada por Oscar Murillo entre los populismos de Perón y Chávez, en la que a pesar de las diferencias espacio-temporales los compara a partir de tres variables: liderazgo personalista, dignidad simbólica por medidas redistributivas, y nuevos escenarios de movilización social. En tercer lugar, Javier Fernando Torres hace un breve recorrido por las visiones liberales y conservadoras, apoyado en las Constituciones de 1863 y 1886, sobre la mujer en la segunda mitad del siglo XIX. Por último, Fernanda Espinosa realiza un recuento de los primeros de mayo en Colombia entre 1914 y 1926, en los que hay novedosas fuentes pero en medio de una narración difícil y algo reiterativa. Tendría muchos comentarios puntuales a cada contribución pero el tiempo no da para formularlos en público.

Son artículos, no siempre resultado de las monografías de grado, que expresan inquietudes historiográficas de primer orden y tienen inspiraciones teóricas distintas, pero críticas. En algunos son más claras, aunque no siempre se logran articular a la narrativa. Pero en general, salvo el tercero, son más pretenciosos que los tradicionalmente publicados, cosa que no es mala, pero que a veces no se logra satisfactoriamente. Y por momentos, pecan por desconocer la historiografía previa sobre el tema, con lo que la prometida novedad pierde fuerza. La forma de escritura también es desigual, hay algunos problemas de digitación, la lógica argumentativa por ratos es confusa y en algún caso hay varias frases que se repiten, asuntos que se hubieran podido evitar con una previa corrección de estilo. Pero más que esos asuntos de forma, quisiera resaltar una añoranza con este número: extraño la aparición de dibujos de cierto barroco popular o sicodélicos, de crónicas breves sobre nuestro pasado y presente, la presencia de poemas o de cuentos. En fin añoro la veta poética e irreverente de los primeros *Goliardos* (me refiero no tanto a los bohemios medievales sino a los primeros números de la revista).

En este punto voy a tomar una metáfora prestada. Por estos días un estudiante de pregrado, en un ensayo sobre el debate entre E. P. Thompson y Perry Anderson a propósito de la diatriba del primero contra Althusser en *Miseria de la Teoría*, decía algo muy sabio: que Thompson escribe como *quisiéramos* escribir, con pasión; mientras Anderson lo hace como deberíamos escribir, con una mirada más racional y académica. Creo que es posible escribir con ambas dimensiones —el deseo y el deber—, al fin y al cabo somos pasión y razón. Esa es una buena lección para nuestro oficio y nuestras publicaciones.

Retornando a la revista, creo que los grupos estudiantiles deben discutir su perfil y actualizar su identidad. No nos corresponde a los profesores decidir. Yo solo sugiero pensar que no siempre la formalización de una revista estudiantil la consolida —el deber ser de la escritura de la historia—, de pronto la lanza a un punto intermedio entre revista estudiantil informal y crítica, y una con pretensiones de revista indexada por Colciencias, es decir a ser un *Anuario* en chiquito. La pasión —el querer ser de escribir la historia— no se puede perder, así implique sacrificar ciertas formalizaciones. Por eso retorno a la imagen rebelde de los goliardos medievales, que en buena hora definió el origen y la trayectoria de la revista, y cuyo número 12 en buena hora hoy lanzamos. Brindemos por una larga vida para *Goliardos*, y hagámoslo a continuación con una copa de vino, pues al fin y al cabo, como dirían los bohemios medievales: «In Vino Veritas».

Bogotá, 4 de noviembre de 2010